

PRUEBA DE INGRESO 2017 – IDIOMA ESPAÑOL

PARTE A (Puntaje máximo: 50 puntos):

El fragmento que se transcribe a continuación provee los ejemplos que deben analizarse en esta parte de la prueba.

Supieron que andaban cerca del Itapebí, porque de vez en cuando oían el rumor de la creciente que comenzaba a ceder luego de dos jornadas sin lluvia. Hombres y cabalgaduras se encontraban extenuados a causa de una marcha sin tregua por los barrizales de los bajos¹, al amparo de la niebla persistente. Las brújulas eran ahora tan inútiles como los mapas, guardados en las maletas, y que solo habían sido examinados por mera curiosidad en Buenos Aires, antes de la salida del tren.

Ninguno sabía con exactitud dónde se hallaban, sino el baqueano que habían conchabado² tan pronto cruzaron el río Uruguay con los restos de la fracasada expedición de Juan Smith. Al que capitaneaba el grupo no le inspiraba mayor confianza ese tape de pocas palabras y mirada esquiua; tal vez era un espía. Pero llevaban prisa y no había tiempo de procurarse otro. Era preciso arriesgarse y mantenerse alerta. Los aguardaba una larga marcha antes de poder reunirse con el grueso del ejército rebelde que se concentraba en la frontera norte. Pero el capitán disimuló sus preocupaciones para no desalentar el fervor que mantenía firme la moral de sus hombres. Ya habían tenido bastante con cruzar el río Uruguay acosados por los barcos argentinos. Eran ocho voluntarios, jóvenes, sin experiencia en la guerra, salvo uno que había peleado en la revolución del Quebracho y servía como instructor. En las inmediaciones del Salto, un correligionario les había suministrado las armas: dos escopetas, un máuser y tres pistolas, que con el Colt del capitán, un sable y algunos cuchillos, constituían el reducido arsenal.

El ruido de la correntada y la pendiente, ahora más pronunciada, indicaban que estaban más cerca de la orilla; pero para llegar al agua debían internarse en el monte feraz³, de modo que lo fueron bordeando a la espera de que aclarara. Pisaban terreno más firme, cubierto por apretada gramilla, pero a cada paso tropezaban con raigones⁴ y piedras. La marcha se hacía tan lenta como en los bajos. Iban muy cerca unos de otros, siguiendo puntualmente las indicaciones del guía que aseguraba que en una hora alcanzarían el vado.

—¡Cómo por el vado! —protestó el capitán—, si no debemos estar lejos de un puente. Recuerdo que en el mapa figuraba un puente.

—Por ese puente no se puede, patrón —aseguró el guía—, nunca se pudo. No hay más remedio que cruzar por el vado.

—¡Pero en el mapa figura un puente! —insistió el capitán, casi convencido de que el baqueano estaba al servicio del gobierno.

—Usted me contrató para esto. Si no le sirvo, lo dice y me vuelvo a mi rancho.

—No, ahora no te podés ir. Antes hay que aclarar este asunto.

El capitán detuvo el caballo y hurgó en las maletas, buscando el mapa al tanteo. Estaba húmedo como todo lo demás, pero el papel era suficientemente grueso para resistir los rigores de la intemperie. Lo desplegó con cuidado, encendió lumbre y siguió con el índice la línea sinuosa del Itapebí. En efecto, una legua antes del vado había un puente. Pero recién ahora descubría algo en que no había reparado la primera vez: una tachadura algo borrosa trazada con lápiz de punta fina y también una anotación que no logró descifrar ni con el auxilio de la lupa.

Reanudaron la marcha. El capitán trató de develar el misterio.

—Decime, indio, ¿por qué no se puede utilizar el puente?

—Porque no se puede, nadie pudo.

—¿Está roto?

—No, no está roto. Está tan entero como el día que lo terminaron. Eso dicen, y también dicen que por más que uno camine sobre él, nunca se puede ganar la otra orilla.

—¿Vos intentaste alguna vez?

—Nunca bajé al río por ese lugar, pero conocí a algunos que lo intentaron, y juran que jamás pudieron. Hasta cuentan de un pobre tropero que se volvió loco. Lo que puedo afirmar es que el puente está engualichado. Hay quienes aseguran que un día anduvo el mismo diablo por el pago, montado en un azulejo y que al otro día apareció el puente por donde se fue rumbo al norte una noche de tormenta. Unos guapos intentaron seguirlo pero apenas aclaró se encontraron con que iban rumbo al sur.

—¿Y a vos nunca te picaron las ganas de curiosear?

—No, señor, porque a mí esas historias ni me van ni me vienen. Cuando tengo que cruzar el Itapebí, me arrimo al vado. [...]

Al disiparse un poco la niebla, el baqueano señaló una picada y dijo que si bajaban por ahí no demorarían en llegar al puente, pero que era inútil tomarse el trabajo, pues no podrían cruzarlo.

—Vamos a investigar —ordenó el capitán.

¹ **bajo**: Dicho de un terreno o lugar: Bajo y que tiende, por su situación, a anegarse o empantanarse.

² **conchabar**: Contratar a alguien para un servicio de orden inferior, generalmente doméstico.

³ **feraz**: Fértil, copioso de frutos.

⁴ **raigón**: Raíz [de una planta o de un diente], especialmente la que queda después de desaparecer el resto.

—No me queda más remedio que acompañarlos, porque si los dejo ir solos, es una fija que se me pierden en el monte —agregó el baqueano con arrogancia.

El capitán no lograba disipar sus temores. Cada vez le gustaba menos aquel hombre que se había adueñado de la situación y que tal vez los hiciera caer en una celada en la que serían degollados sin piedad. Pero sobre todo lo ofendía su obstinación en pretender hacerles creer las fábulas del puente encantado. [...]

Un poco más adelante, luego de ascender por una pequeña elevación, descubrieron la silueta del puente romano, en medio de la neblina dorada por la luz del amanecer, con sus bases amplias, los tres arcos y la calzada elevándose hacia la mitad de la construcción. El capitán consideró que si cruzaban por ahí se ahorrarían un buen trecho por más dificultades que opusieran el monte y los bañados que, según el mapa, quedaban un poco más al norte.

Atrajo la atención de todos la fuerza del remolino que se formaba bajo el arco central. El capitán estaba seguro de que el vado no daría paso aún. Sería insensato desaprovechar la posibilidad de cruzar por el puente, pero primero había que explorar. Ordenó a cuatro de sus hombres que lo acompañaran. Los otros cuatro quedarían atrás en previsión de cualquier emergencia. Le gritó al guía que marchara adelante.

—Yo no voy, patroncito; prefiero volverme al Salto, aunque no me paguen. Ya no me necesitan.

—No te me retobes, indio; tendrás que ir aunque te duela. Sin duda nos querés embromar.

—Nada de eso, se lo juro por mi madre.

—¡Andando! —gritó el capitán, empuñando el revólver para intimidar al baqueano que entró en el puente de mala gana. Estaba asustado. Los que quedaban en la retaguardia cerraron filas para evitar todo intento de fuga.

Marchaban muy lentamente porque la niebla volvía a cerrarse. El capitán iba a caballo apuntando a la cabeza del guía; los otros los seguían de a pie, con las armas listas y ansiosos porque aquello terminara de una vez por todas. [...]

El guía tenía miedo. Se resistía a seguir.

—Por Dios, patrón, ¡déjeme volver!

—No seas maula y seguí, si no querés que te reviente el cráneo. [...]

Al final del puente se distinguían siluetas humanas. Tres o cuatro, tal vez cinco.

El capitán increpó duramente al guía:

—¿Y esos quiénes son? ¡Vas a decirme que no sabés!

—Parecen fantasmas, patrón.

Indignado por la burla de que era objeto, apenas pudo contener la cólera.

—Vas a ser el primero en morir, ¿oíste?

El baqueano avanzó otro poco, y cuando sus ojos avizores descubrieron a los otros se heló de terror.

—¡Son los mismos, patrón!

—¿Los mismos, quiénes?

El infeliz ya no pudo articular palabra y echó a correr despavorido.

Seguro de la traición el capitán disparó dos veces sobre las espaldas del baqueano que emitió un grito ahogado. Pero no cayó enseguida; llevado por el impulso fue a desplomarse bañado en sangre, cerca de los hombres de la orilla, quienes, al reconocerlo, buscaron dónde guarecerse para repeler el ataque del grupo que se movía entre los vapores que flotaban sobre el puente.

El capitán ordenó a sus hombres que abrieran fuego graneado, y comenzó un tiroteo que se prolongó por diez minutos y que cesó abruptamente. Cuando el capitán se lanzó a todo galope sobre sus enemigos mal resguardados, una bala de máuser se incrustó en el pecho de su caballo. Mientras el jinete se incorporaba trabajosamente en medio del lodazal, el único sobreviviente de los contrarios aprovechó el momento de confusión para abandonar su posición y huir a refugiarse en el monte.

Fuera de sí, el capitán echaba maldiciones a todos los vientos. Maldijo a la niebla cómplice, al baqueano que los había traicionado, sin recordar sus advertencias de que por el puente no se podía cruzar. Lo vio agitarse a sus pies, presa de las últimas convulsiones. Escupió sobre el moribundo, y luego se acercó lentamente al lugar donde yacían los tres enemigos abatidos, para descubrir con estupor que eran los mismos muchachos que habían quedado en la retaguardia. La cabeza comenzó a darle vueltas en un vértigo acelerado. Imposible intentar comprender aquello. Volvió al puente y cayó sin sentido sobre la calzada antes de reunirse con quienes lo habían acompañado: dos se desangraban ante la desesperación de los otros dos que no sabían qué hacer.

Héctor Galmés, «El puente romano» en *El puente romano y otros cuentos*, Montevideo: Ed. de la Banda Oriental, 2010, pp. 9-16.

1. Clasificar las siguientes palabras por su acento prosódico e indicar por qué llevan tilde (están recuadradas en el texto): *dónde, jamás, inútil, cráneo, olste.*

2. Analizar sintácticamente las estructuras que se transcriben a continuación:
 - a. *Recuerdo que en el mapa figuraba un puente.*
 - b. *Lo desplegó con cuidado, encendió lumbre y siguió con el índice la línea sinuosa del Itapebí.*
 - c. *Cada vez le gustaba menos aquel hombre que se había adueñado de la situación...*
 - d. *Atrajo la atención de todos la fuerza del remolino que se formaba bajo el arco central.*
 - e. *Parecen fantasmas, patrón.*
 - f. *El capitán ordenó a sus hombres que abrieran fuego graneado...*

3. Teniendo en cuenta su uso en el texto, indicar persona, número, tiempo y modo de los siguientes verbos (subrayados): *había peleado, descubría, quedarían, querés, reviente, maldijo.*

4. Ubicar las palabras del siguiente fragmento en las categorías propuestas. Si a juicio del estudiante alguna de las palabras a clasificar posee en este pasaje caracteres gramaticales propios de más de una clase, repetirla en cada uno de los ítems que corresponda:

Pero el capitán disimuló sus preocupaciones para no desalentar el fervor que mantenía firme la moral de sus hombres.

sustantivo:

adjetivo:

artículo:

pronombre:

verbo:

adverbio:

preposición:

conjunción:

PARTE B (Puntaje máximo: 50 puntos)

5. Resumir en aproximadamente diez renglones el contenido del texto impreso.
6. Justificar el uso de todos los signos de puntuación presentes en el siguiente fragmento:
—Yo no voy, patroncito; prefiero volverme al Salto, aunque no me paguen.
7. Dictado de otro fragmento del mismo cuento.
8. Extraer del texto dictado los pasajes que muestren los efectos de «el puente engualichado» sobre el capitán y explicarlos.

El examen se aprueba con un puntaje mínimo de 60% de acierto.

6 de marzo de 2017